

## ALARCÓN

Luis de Eguilaz\*

Si el descubrimiento de América no hubiese traído al mundo más ventajas que la de que un hijo inmortal de aquel virgen suelo, el sublime autor de *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*, viniese desde el fondo de sus selvas seculares a imprimir al teatro el sello de su genio filosófico, todavía tendría la Europa más que suficiente motivo para estar obligada a nuestra España por haber lanzado a la mar sus carabelas en busca de la región incógnita; todavía debería elevar estatuas al marino genovés por haber soñado en Catay; todavía el precio de las joyas de Isabel la Católica habría producido cuantiosísimo rédito para la humanidad.

La alborada del teatro español, el más grande y magnífico de cuantos nación alguna tiene, comenzaba a lucir en el horizonte literario. A las fuerzas del ingenioso Lope de Rueda y demás *maestros de hacer comedia*, a las fábulas informes de Torres Naharro, mal apreciadas y peor conocidas, sucedían las galanas y poéticas creaciones del Fénix de los ingenios, las tiernas a la par que picarescas comedias de Tirso de Molina, los robustos dramas de don Guillén de Castro, el autor de *Las mocedades del Cid*, que traducido al francés dio a la Francia su *Corneille* y a la escena europea, la tragedia moderna, y las obras de otros cien poetas que aún más que entonces se miran hoy con respeto y admiración.

Nunca teatro en el mundo fue más rico, más poderoso, más lleno de preciosas galas. [...]

Nunca poetas fueron más aplaudidos y admirados. [...]

Pero, hablando de nuestro hermoso y desgraciado país, nos olvidamos del objeto principal a que van encaminados estos renglones, y eso que pocas veces sale de nuestra memoria la del sublime y desventurado don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, el filósofo dramático que no vacilamos en llamar Príncipe de los poetas españoles, sin que esto signifique que no creamos digno al gran Calderón de empuñar el cetro que una multitud de generaciones prosternadas ante su inmenso genio han colocado en sus manos. [...]

Poco más de un siglo después que las carabelas de Cristóbal Colón partieron para cruzar el Atlántico en busca de un mundo desconocido, una galera española [...] caminaba a toda vela hacía la madre patria, [...] y a bordo de ella venía Alarcón.

Si Alarcón hubiera sido un poeta de la naturaleza, quizás nunca Europa supiera su existencia. [...] Entre España decrepita y México lleno de vida no era dudosa la elección. Alarcón no habría venido a Europa nunca, y sus cantos divinos se hubieran per-

\* Eguilaz, Luis de, «Alarcón», *El Correo de Ultramar*, XII, núm. 307 (1858), pp. 322-323.  
[https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo\\_imagenes/grupo.do?path=2000709481](https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709481)

dido entre el vago y majestuoso concierto que aquellos bosques, no pisados aún por planta de hombre civilizado, elevaban cumpliendo su misterioso destino al Dios que los crío.

Pero, afortunadamente para nosotros, ya que no para él, el autor de *Todo es ventura* era el poeta del corazón, el filósofo poético por excelencia; [...] y dejando el suelo en que se meció su cuna y donde acaso estaba la tumba de su madre, vino a Europa y estudió las sociedades, y disecó con el escarpelo de su inteligencia los corazones, y escribió cuanto sus ojos de lince descubrieron, y nos lo dejó para que aprendiéramos los que detrás de él hemos venido.

En cambio, del rico presente que la Nueva España envió a la España vieja hace dos siglos y medio, hoy la madre, ansiosa de satisfacer su deuda, envía a la hija otro presente no menos rico: Zorrilla. [...]

Desde el momento en que Alarcón puso el pie en tierra española, puede decirse que empezó a alborear una literatura nueva: el teatro moderno, síntesis de la literatura de esta época.

El gran poeta, como todos los genios, no siguió el rumbo que el público de entonces le trazaba. Con la idea más alta, adivinando el espíritu de los futuros siglos, con la vista en el porvenir, desdeñando una gloria pasajera de que puede gozar la más diminuta medianía, con tal que aprenda el arte de adular los caprichos de sus contemporáneos, lanzose con planta segura y voluntad de hierro en el camino que de antemano se había trazado.

[...] Comprendiendo que el teatro era algo más que un entretenimiento y que el poeta dramático podía y debía ser un sacerdote de las costumbres, hizo de la escena púlpito a la vez que cátedra; y una vez en ella colocado, tuvo el valor suficiente para echar en cara con voz entera a los mismos que lo habían de escuchar, sus vicios y sus virtudes.

Al teatro solo se iba por diversión; nuestro gran poeta adivinó que podía irse por enseñanza y acaso por arrepentimiento, por un consejo saludable, por una lección en cabeza ajena que apartase a muchos de un mal camino.

Al reinado de la fantasía y del sentimiento quería añadir, y acaso adelantar, el reinado de la razón; quería que los versos no fuesen solo discretas y lozanas descripciones o sentidas quejas, sino lecciones de moral, máximas que, aprendidas sin sentir, viniesen un día a formar reglas de conducta para los espectadores. Quería, en fin, que la comedia se escribiese por algo y para algo, que fuera el ejemplo práctico de una verdad útil, y que todas y cada una de las situaciones condujesen a este resultado; quería, en fin, lo que mucho tiempo después se ha proclamado como condición indispensable para que sea buena una obra dramática, y quería que todo esto se hiciera conservando al teatro todas las galas de que los poetas sus antecesores lo habían adornado.

La revolución teatral que en su mente revolvía era completa: el teatro de la Edad Moderna, sustituyendo al de la Edad Media, transformaba por completo la faz del mundo escénico.

Esta idea desenvuelta por un solo hombre, que tenía que luchar con los poetas más grandes y fecundos que ha tenido España, era una empresa loca y temeraria que solo podía emprender un creyente o un desesperado.

Si el sublime jorobado se hubiera hallado en el último de estos casos, tiempo era de guerra, y nunca en tiempos tales falta una pelota de plomo que acabe dignamente con un caballero, dado caso de que en Madrid no hubiera —que sí había— una espada desnuda detrás de cada esquina, y un santo al lado de la espada que podía servir a la vez para alumbrar con su farolillo el combate y para que a él se encomendasen a la hora de morir el que forzaba el paso atrevido o el que valiente tenía cerrado a todos el de la calle.

¡Era mucha corte aquella del buen rey Felipe, de grata memoria para esto de danzas de dagas y de espadas!

No, Alarcón no estaba desesperado, puesto que murió en la cama. Era un creyente.